



La iglesia de los Templarios, en Ceinos.

MONUMENTOS DESAPARECIDOS

Dijo Fernán Pérez de Guzmán, señor de Batres, en el siglo XV, en sus *Generaciones y semblanzas*, que “en Castilla ovo siempre, e hay poca diligencia de las antigüedades, lo qual es gran daño (1)”. Conserva nuestro pueblo características inalterables a través de los tiempos; pasan cientos de años, revoluciones y catástrofes, grandes períodos de la Historia Universal, mudanzas radicales del pensamiento humano, sin producir cambio alguno en su singular idiosincrasia; el español de hoy reconoce su antecesor inmediato en el de hace cuatrocientos o seiscientos años. Las relaciones de viaje de los extranjeros que nos visitaron en los siglos XVI y XVII, repletas muchas de ellas de agudas observaciones, parecen escritas en nuestros días, y las críticas de los españoles que, elevándose sobre el nivel general, han señalado los vicios y defectos de nuestra ya larga decadencia, tienen siempre una dolorosa actualidad.

A semejante constancia de vida y carácter, que nos hace inadaptados e inadaptables muchas veces para el vivir contemporáneo, parece haber correspondido siempre un descuido absoluto por las obras de las generaciones pasadas. Tal vez para interesarse en la conservación de lo pretérito haya que estar algo alejado de ello, y las gentes sucedense en nuestro suelo tan semejantes las unas a las otras, tan iguales a través de centenares de años, que destruyen el patrimonio heredado como si fuera obra propia. Parecemos un pueblo sin conciencia del pasado ni del porvenir; tan sólo el presente existe para nosotros. Así han desaparecido grandes

edificios, archivos repletos de documentos, obras públicas, industrias centenarias: el gran sedimento material que los siglos van dejando en un solar de origen ilustre.

En todos los países ha habido guerras, revoluciones y modas que han destruido gran parte de lo que las generaciones antiguas levantaron. Pero mientras en otros hay un deseo de ordenación y reparación respecto de todo lo incompleto y deteriorado, que también por opuesta manera perjudica a los monumentos antiguos, en España parece complacernos vivir entre ruinas, contemplando jaramagos y hiedras.

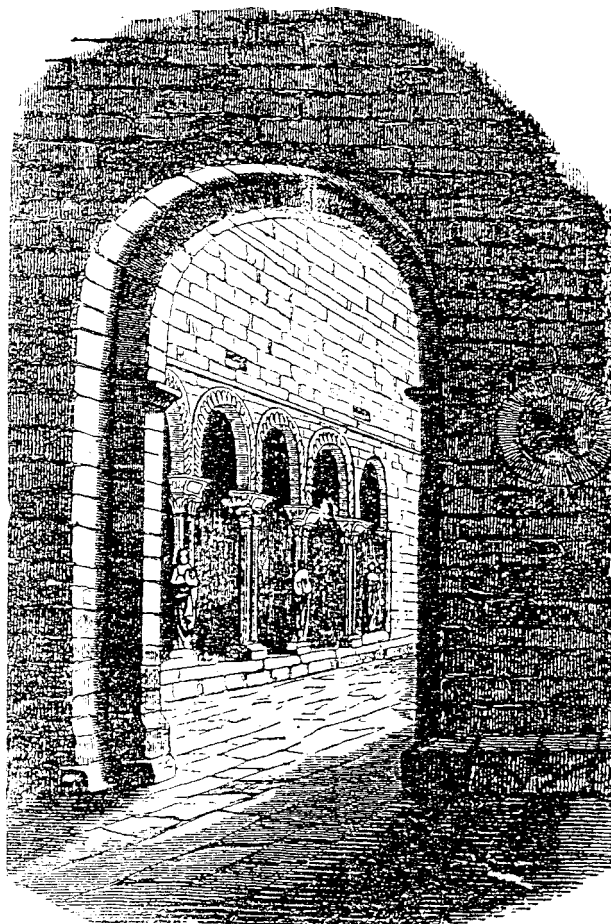
“Desde el Rey hasta el último ciudadano dejan derruirse sus casas, faltas de algunas insignificantes reparaciones”, observaba en el siglo XVII Mme. de Aulnoy. Y en nuestros días, D. José Ortega y Gasset ha escrito que “acaso nada sorprenda tanto al compatriota que transita las fronteras, como hallar que en los países extraños suelen encontrarse las cosas en perfecto uso. Nota, al cruzar las campiñas, que los muros de los caseríos no están descascarillados; en las techumbres no faltan tejas ni crecen salvajes verduras; las puertas giran sobre sus goznes; las ventanas de cristales horros coinciden con las jambas. Es muy raro topar con algún edificio abandonado... Entre nosotros, sobre todo por ahí, por los pueblos, apenas hay nada que ande en uso; todo se nos acerca sumisamente, como esas ancianas que un tiempo gozaron la abundancia y que hoy han venido a menos”.

La mayoría de los edificios desaparecidos que vamos a desenterrar en estas páginas, ayudados de amarillentas fotografías, grabados en madera, dibujos románticos y descripciones olvidadas, no perecieron brutalmente, como muchas iglesias y monasterios franceses, por el odio sentido a las ideas que representaban. Aquí fueron casi siempre el desdén y la indiferencia los causantes de su destrucción, y durante bastantes años de un pasado reciente, mostraron sus ruinas cada vez más disminuidas, hasta llegar al acabamiento total. En algunos puede seguirse paso a paso la historia de su lenta agonía: la falta de reparación de los tejados por los que se va filtrando el agua, la caída de las primeras bóvedas, la explotación del edificio como inagotable cantera de sillares y vigas, el aprovechamiento de sus piedras para afirmado de la próxima carretera, el anticuario que se lleva algunos arcos labrados, bultos sepulcrales...

La iglesia de Nuestra Señora del Temple, en Ceinos de Campos (Valladolid)

A unos sesenta kilómetros de Valladolid, en la tierra llana y desarbolada de Campos, encuéntrase, entre Medina de Ríoseco y Mayorga, la villa de Ceinos. Al norte, junto a la carretera general de Asturias, coronando una pequeña loma, hubo una iglesia bellísima, cuyo responso entonaron dos escritores entusiastas de las glorias monumentales de Castilla: Ventura García Escobar y José María Quadrado (I).

LA HISTORIA. - Conocióse la iglesia con el nombre de Santa María del Temple y había sido una de las veinticuatro bailías de los templarios en el territorio castellano, perteneciente a la de Villalpando, dependiente del Maestrazgo provincial de Castilla. A esta iglesia fue traído, «hacia 1222, desde Baeza, el cadáver de D. Gonzalo Núñez, el último de los turbulentos hermanos Laras, que falleció emigrado con poca honra entre los enemigos de su fe y de su patria, y tal vez al morir quiso, a ejemplo de sus hermanos, vestir el hábito de alguna sagrada milicia». Así lo refiere el arzobispo D. Rodrigo, con las siguientes palabras: <In villa que Beatia dicitur infirmitate gravissima contigit ipsum mori, et detatus a suis, sepultus es, in Cephinis ubi habent oratorium frates Templi.> Mariana y La Fuente, refiriéndose a documentos del Archivo de la catedral de Toledo, nombran a Ceinos entre las veinticuatro bailías del Temple, llamándola Safines.



DESCRIPCIÓN. - Componíase la iglesia de una única y extensa nave rectangular y un ábside semicircular, menos elevado. Tenía éste contrafuertes exteriores rematados en capiteles, y columnas interiormente. Cubríase la nave con bóveda de cañón agudo sobre arcos fajones, apeados éstos en gruesas columnas con capiteles de follaje. Existieron en ella cuatro retablos de época moderna, en uno de los cuales veíase una imagen de la Virgen, talla en madera contemporánea del templo. Su exterior era tosco y humilde. Contra los contrafuertes que correspondían a los arcos fajones, unos arbotantes posteriores evitaban, sin duda, la ruina de la bóveda. Al norte, y pegada a la nave, estaba la robusta torre cuadrada, de piedras rojas, amarillentas y verdosas, deliciosamente patinadas, con dos órdenes de ventanas de doble moldura de estrellas cuadrangulares, y rematada en chapitel de pizarra.

Daba ingreso al templo, a poniente, «un arco bizantino sostenido en pilares

lombardos, y se hallaba precedido por un vestíbulo o atrio en forma de patio interior, claustro tal vez, al que se abría una estancia, parte la más interesante del edificio, capilla de los señores de Alvires, que yacían allí sepultados bajo losa de mármol. Quedaba ese recinto arrimado en parte a la iglesia, aunque independiente y sin comunicación con ella. Tenía planta cuadrada y por dentro estaba lujosamente decorada. Rodeaban la parte inferior de sus muros interiormente una serie de arcos, ciegos la mayoría, sostenidos por pareadas columnas, con arquivoltas de estrellas y puntas de diamante, y con figuras de santos pintadas en sus fondos, de aureolas doradas; un nicho de doble anchura y mayor profundidad formaba lo que llamaban capilla del Santo Cristo. A media altura transformábase la pieza de cuadrada en octágona mediante cuatro pechinas, debajo de las cuales veíanse los signos de los evangelistas, y por los ocho ángulos subían otras tantas columnitas, de las que arrancaban nervios anchos y bordeados de estrellas reunidos en la clave central, en la que resaltaba el Agnus Dei. En los ocho lados del cimborio abríanse ventanas decoradas, cegadas las que caían encima de las pechinas, estrechándose las otras para mostrar al exterior una angosta rendija. “Nunca en tan reducido trecho desplegó más copiosas y gentiles galas el arte bizantino”, dice Quadrado.

Abriáse al exterior esa estancia del lado de mediodía, por una puerta románica de baquetonados arcos decrecientes de medio punto, sostenidos en cuatro columnas por lado, desde la que descendía una escalinata de piedra, destrozada. En el centro del mismo muro daba luz a la descrita estancia un rosetón calado.

Las arquerías interiores que rodeaban sus muros estaban abiertas en dos lados,

comunicando con el exterior: en el muro de poniente abríanse seis arcos, según la descripción de García Escobar, o cuatro, según el dibujo de Parcerisa, y en el de norte comunicaba con el atrio de la iglesia una puerta con dos arcos a cada lado, sostenidos por grupos de columnas pareadas apoyadas sobre un zócalo alto, a modo todo ello de ingreso de sala capitular. Las arquivoltas eran de cabeza de clavo y estrellas; de medio punto los arcos; los capiteles ostentaban “follajes desplegados en airovas volutas, trenzados que entretejen canastillos, figuras de hombres y aves revueltos con gruesos tallos”, haciéndose «notar particularmente dos pájaros con cabeza humana y enlazados por las colas en original y simbólica actitud», obra toda ella rica y delicada. Arrimadas a las columnas o labradas en los mismos fustes vio Quadrado tres efigies decapitadas y con las manos mutiladas, de tamaño algo menor del natural, una con alas de ángel, otra con palmas de mártir, y de mujer sentada la tercera. Los restos de este ingreso son los que fueron a parar al patio de Santa Cruz , de Valladolid, y, recientemente, parte de ellos trasladáronse al Campo Grande. Las esculturas eran más de tres; hubo, por lo menos cinco en la arquería que daba al atrio y cuatro en la parte correspondiente al interior de la capilla; la figura sentada parece era la Virgen, parte de una Anunciación. Gracias a ellos y con el auxilio de los dibujos de Parcerisa, podemos formarnos una idea de esta obra interesantísima para el estudio de los comienzos de la escultura gótica en Castilla.

En la actual iglesia parroquial de Ceinos, obra de los caballeros de San Juan, de hacia 1500, consérvase una imagen de la Virgen, llamada del Claustro, de piedra, grande, sentada, con el Niño sobre las rodillas, policromada de antiguo y embadurnada de moderno; parece obra borgoñona de hacia 1200. Tres campanas que se supone pertenecieron a la desaparecida iglesia del Temple, posee también la iglesia actual.

LA DESTRUCCIÓN.- En 1799 propuso derribar este monumento un arquitecto clásico, Francisco Álvarez Benavides, para construir con su piedra la iglesia parroquial; si algo cayó entonces debieron ser las dependencias contiguas; conservóse el templo, destinando su recinto a cementerio. Miserablemente mutiladas dice Caveda en 1849 que estaban las esculturas de la iglesia de Ceinos. García Escobar encontró en 1853 el templo abandonado, desmoronándose día por día; la torre derruyéndose a todo andar, y las esculturas muy maltratadas por el tiempo y el abandono. En 1860 ya estaba arruinada la iglesia, según nos muestra el dibujo de Parcerisa, conservándose tan sólo en regular estado el cuerpo de los pies. Así lo dice Quadrado, al cual aseguraron que el edificio se prolongaba sobre el solar, a poniente, donde alcanzó a ver sillares con labores bizantinas, procedentes acaso del claustro o convento inmediato.

En 1868 Cesáreo Nieto visita aquellos lugares, encontrando tan sólo ruinas y desolación: «estatuas mutiladas y esparcidas por el suelo, alguna que otra pared desmantelada de los arcos y molduras con que estaban adornadas, lápidas sepulcrales por doquiera».

Ya entonces se habían trasladado algunos restos al Museo Provincial de Valladolid, mediante compra hecha, en cuatro mil y pico reales, a la familia de los Nájeras, vecinos de Villafrechos y dueños de la capilla. Hoy, en el solar donde se levantaba este edificio se ha construido un cuartel para la Guardia civil. Es la tierra de Campos poco pródiga en piedra y bastantes de sus antiguos monumentos han sido explotados como canteras hasta sus cimientos.

LOS RESTOS CONSERVADOS.- En el patio del Museo Arqueológico de Valladolid, varias piedras labradas, mohosas y ennegrecidas por la humedad, son los únicos restos conservados de la casa de Templarios de Ceinos. Proceden todas de la arquería que

comunicaba la capilla de los Alvires con el atrio.

Su catálogo, hecho por D. Francisco Antón, dice así:

«1ª Parte de la arquería exterior de la citada capilla. Se conservan tres arcos Grandes, baqueconados, con arquivolta en puntas de diamante. Van apeados en capiteles pareados, altos y esbeltos, semigóticos de silueta, pero de ornamentación románica: unos con hojas enrolladas en las puntas; otros con bolas; otro con hojas palmeadas, muy pegadas al tambor del capitel, escotadas y con intento de volutas; otro labrado, pero deshecho casi. Cimacios lisos en nacela; uno decorado con anillos secantes o entrelazados sobre la moldura dicha. Todos los arcos son de medio punto.

2ª Dos arquillos de ajimez que iban cobijados por arquivolta grande como los anteriores de puntas de diamante. Estos arquillos, pequeños, son también baquetonados. Van sobre capiteles análogos a los otros, con cimacios iguales.

3ª Un par de columnas, esbeltas y altas, de la misma arquería, con capiteles de bolas; basas áticas con toro inferior muy aplastado y garras.

4ª Otro par de columnas con capiteles, análogas a la pieza anterior.

5ª Par de capiteles altos, como los vistos, para columnas apareadas.

6ª Otro par igual de capiteles.

7ª Trozo de estatua adosada a fuste de columna: figura sentada; queda el torso sin cabeza, brazos ni pies. Ropas de pliegues muy arcaicos, dada su época. Acaso representa a la Virgen de una Anunciación. La dibujó Parcerisa más completa; es la que se halla sola, en el dibujo, a la izquierda del arco de entrada.

8ª Otro fragmento de escultura: parte superior del cuerpo de un ángel; le falta la cabeza; conserva las alas; tiene un libro en las manos. También figura en el dibujo de Parcerisa. ¿Es el ángel de esa Anunciación?

9ª Otra parte de estatua adosada; restos del torso, con ropajes; algo como vara o cinta sobre el pecho.

10ª Otro fragmento de estatua adosada a dos columnas; queda la parte baja de la figura con los pies; y

11ª Otro trozo de torso, con ropas, de estatua adosada también.»

La iglesia de Templarios de Ceinos era de un tipo bastante frecuente en España a mediados del siglo XII, en templos de escasa importancia: nave única cubierta con bóveda de semicañón agudo sobre arcos fajones y ábside semicircular.

La capilla inmediata construyóse sin duda posteriormente. Su bóveda de nervios debió asemejarse por las descripciones a la linterna de la iglesia de Villamuriel de Cerrato, que se dice fue también de Templarios, obra del primer tercio del siglo XIII, según el Sr. Lampérez. Los

arcos de comunicación de esta capilla con el atrio, de los que podemos juzgar por los dibujos conservados y los restos existentes, son parejos de los de las claustrillas de las Huelgas de Burgos, obra, según Street y Lampérez, no anterior a 1200. No solamente asemejanse los arcos de Ceinos a los de las Huelgas, excepción hecha de la arquivolta de puntas de diamante de aquéllos, muy frecuente en obras de fines del siglo XII y principios del siguiente, sino también la esbelta proporción de las columnas, la forma y disposición de los capiteles y la molduración de las basas.

Otros dos claustros castellanos pueden emparejarse con éstos: el del monasterio cisterciense de San Andrés del Arroyo (Palencia), filial de las Huelgas, y el del monasterio premonstratense de Santa María de Aguilar de Campoo (Palencia), algunas de cuyas columnas están hoy en el Museo Arqueológico Nacional, fechado en un fuste en la era de 1247, año del Señor de 1209. Algunos capiteles de este último son idénticos a otros de las Huelgas; probablemente los mismos artistas trabajaron en estas cuatro obras en el primer quinto del siglo XIII, cuando iban desapareciendo los capiteles historiados románicos por el influjo cisterciense y alboreaba en ellos la flora gótica, que luego había de adquirir expresión tan acabada en las mismas Huelgas y en la catedral burgalesa.

Las estatuas unidas a los fustes de Ceinos son esculturas avanzadas, con una amplitud y movimiento del ropaje que denota influencia gótica francesa; pero ejecutadas por artífices no muy seguros de su arte y algo arcaizantes. ¿De dónde provienen estas figuras misteriosas, de severo aspecto y tosca ejecución?, exclama D. José M. Quadrado. La contestación sería larga, y ha de quedar para momento más oportuno.

LEOPOLDO TORRES BALBÁS. 1.920.